

Los negros en el colimador

Jorge Olivera Castillo
Escritor y periodista
La Habana, Cuba

Ser negro y disidente en Cuba es una combinación letal, una circunstancia que activa las neuronas donde se alojan el odio racial, la maldad profunda y otros elementos que conllevan al asesinato y la tortura.

El color oscuro de la piel y la apostasía ideológica son realidades que hay que mirar con sospecha, atacar con virulencia, denostar con esa frase: «Parece mentira que un negro esté en contra de la revolución». Así se recuerda la supeditación del negro, a cuenta del pretendido agradecimiento a una casta mayoritariamente blanca que afirma haber sido protagonista de un proceso emancipador y civilizatorio a favor de los ciudadanos de color.

Éste es un pensamiento sembrado en amplias zonas del imaginario popular, aunque sin respaldo explícito hacia tales puntos de vista ni leyes segregacionistas. La realidad ofrece muchos ejemplos a la hora de valorar un fenómeno que, lejos de desaparecer, permanece bajo un sinnúmero de camuflajes.

La proclividad de que se resalten las faltas de los ciudadanos negros y se obvien las cometidas por los blancos, toma característica de estereotipo en el ámbito social cubano. Por eso se ha llegado a una especie de mecanicismo al valorar determinado evento. Ser negro sigue siendo agravante. No importan

justificaciones ni fundamentos: el culpable potencial debe ser el que lleva en su piel la marca de sus ancestros africanos.

Esos condicionamientos potencian el aumento de las tensiones raciales a un nivel que tiende a menospreciarse, pero que podría resultar crítico al combinarse con el regionalismo, la crónica falta de oportunidades para salir de la miseria y otros eventos reproducidos por un modelo político basado en la imposición, las decisiones anárquicas y toda una arquitectura favorable al relajamiento del control, la apatía, el desmontaje de los valores éticos y morales, etc.

Muchas de las manifestaciones negras de contenido violento—bien de manera verbal o física—al dirimir un asunto, debe verse como reflejo condicionado por las duras condiciones de vida, marginación, acoso policial, recurrentes burlas, etc. Esos lastres se han transmitido generacionalmente. Decir que bajo el modelo actual se allanó el camino a la solución del problema, es apostar por una mentira que no resiste el peso de la verdad.

El negro en Cuba sigue en la retaguardia, con muy pocas probabilidades de abandonar un estatus que no deja de tener visos de esclavitud. La dictadura ha sido implacable con todos los cubanos, sobre todo con los que han elegido salirse del guión oficial. No obs-

tante, a la población negra le ha tocado una cuota adicional de odio y dolor.

De la rebeldía a la muerte

El componente racista en la atroz muerte del opositor Orlando Zapata Tamayo, el 23 de febrero de 2010, no puede perderse de vista. Las constantes increpaciones a sus verdugos por trato inhumano, el acto de denunciar a voz en cuello los desmanes de la dictadura, sin importarle las golpizas que lo dejaban sangrando y aturdido, desembocaron en febril ensoñamiento que, poco a poco, lo condujo a la muerte.

«Vamos a acabar con ese negro», dijo uno de sus carceleros, que así dictaba sentencia semanas antes del fatal desenlace. La madre, Reina Luisa Tamayo, lo cuenta ahora rememorando el calvario de su hijo, una y otra vez apaleado hasta el delirio por quienes no conciben a un ciudadano negro decidido a exponer a cara descubierta su descontento por la ausencia de derechos civiles, políticos y económicos, y el rechazo hacia la ortodoxia del partido único.

Sin alternativas, en celda húmeda y hedionda, con los mosquitos esperando para asaltarlo, ratas y cucarachas también listas para sumarse al asedio, y con una condena que escaló de 36 meses a 36 años de cárcel durante su peregrinar por varias prisiones durante casi 7 años de cautiverio, Zapata Tamayo optó por evadirse de esos infiernos de la manera más digna posible—la huelga de hambre.

Entre las llamas del horror cotidiano se atrevió a pedir mejores condiciones desde su posición de preso de conciencia reconocida por Amnistía Internacional. Quería prepararse para una larga jornada entre tres paredes y una puerta de hierro. A sus 44 años de edad tendría que sumarle los 29 restantes de su larga conde-

na. Suele ocurrir con los sancionados por delitos de carácter político que el gobierno se niegue a otorgarle rebajas de condena o libertad condicional. Así que Zapata Tamayo habría salido en libertad a los 73 años.

Con ánimo de hacerlo desistir, el jefe de la cárcel Kilo 8, en Camagüey, una de las peores en los índices de abusos contra la población penal, ordenó cortar el suministro de agua. Pasaron así 18 días y luego se le trasladó al Hospital Provincial, que ya era, según cuentan sus familiares, demasiado tarde, porque estaba muriendo por efecto de la severa deshidratación. En 86 días se consumó el asesinato: Orlando Zapata Tamayo murió el 23 de febrero pasado en una sala del hospital Hermanos Ameijeiras (Ciudad de La Habana) tras aparatoso traslado de última hora.

Era un hombre que pedía reivindicaciones en lenguaje accesible y directo. Para exigir sus derechos como simple ciudadano, y en calidad de preso por tener ideas diferentes a las de la nomenclatura que ejerce el poder desde 1959, no necesitaba ser universitario. Poseía el coraje suficiente y los conocimientos básicos para fundamentar que en Cuba se violaban y se violan los derechos humanos. Sus angustiadores se salieron con la suya: mataron a un pobre albañil, negro y nativo de Banes, en la zona oriental del país.

El racismo suele convertirse en acicate para aumentar la crueldad que se desata sobre una víctima. Este es un caso típico. Otros negros no llegan a la muerte, afortunadamente, pero llevan las mismas huellas del escarnio a flor de piel o en la psiquis. La injusticia usa cañones de barro; la impunidad, espadas afiladas de hielo. Esas armas no son perdurables. Se derriten con el calor del tiempo ¿Y después qué?